



Capítulo 556: Ve a ser un playboy lejos de aquí

El pasillo del casino estaba amortiguado, el ruido de las patatas fritas y la música electrónica se desvanecía con cada paso que daba Vergil. Caminó sin prisas, ajustando el cuello de su traje azul oscuro con un movimiento perezoso, como si en realidad solo fuera al baño y no hubiera notado el movimiento de docenas de agentes encubiertos a su alrededor.

Cuando abrió la puerta de acero cromado y entró en el baño de hombres, el sonido cambió inmediatamente. El eco de los grifos que goteaban, el zumbido del aire acondicionado y el reflejo blanco de las luces frías crearon una atmósfera casi clínica —demasiado fría para un lugar como Las Vegas.

Virgilio se detuvo un momento frente al espejo, estudiando su propio reflejo. Su mirada azul brillaba con un destello irónico, como si incluso el reflejo lo desafiara.

Sin escribir nada, se giró y se sentó casualmente en el lavabo central, cruzando los brazos. Sus zapatos de cuero tintineaban sobre la canica, resonando suavemente.

No tomó mucho tiempo. Entraron dos hombres, con los pasos firmes y la ropa demasiado sobria para pasar desapercibida en ese ambiente. El primero cerró la puerta, el segundo quedó unos pasos atrás, como un perro guardián.

Virgilio levantó la barbilla y una sonrisa perezosa se formó en sus labios.

"Oye," dijo, con su voz profunda atravesando el silencio. "Dile a Natasha que venga aquí. No tengo paciencia para molestar a la gente."



Los dos agentes intercambiaron miradas. Un suspiro resignado escapó del hombre mayor, quien volvió a abrir la puerta.

Y allí estaba ella.

Natasha.

El director de Interpol entró en el baño de hombres como si invadiera una sala de conferencias. Alta, con una postura impecable, con los talones resonando en la canica y su chaqueta ajustada sin ocultar su compleción atlética. Su mirada era aguda como el cristal y su cabello negro atado en un moño perfecto reflejaba disciplina militar.

Virgilio soltó una breve risa. "¿En serio, Natasha?" Inclinó la cabeza y la examinó de la cabeza a los pies. "¿Tienes el descaro de entrar al baño de hombres?"

Levantó una ceja, sin perder la compostura. "Vergil... estás en mi lista de vigilancia de Interpol. No es un baño que me intimide."

Su sonrisa se amplió, divertida, resonando por toda la habitación. "Un sutil toque de arrogancia. Me gusta eso." Se inclinó ligeramente hacia adelante, apoyando los codos sobre las rodillas. "¿Pero sabes cuál es la parte divertida? No estoy cometiendo ningún delito."

Natasha suspiró, quitándose las gafas que usaba sólo para leer y guardándolas en el bolsillo de su chaqueta. El gesto parecía más una pausa calculada que una necesidad real.

"Lo sé", respondió ella con frialdad. "Es precisamente por eso que estoy aquí."



Virgilio arqueó una ceja. "Hm. Entonces, ¿cuál es el juego?"

Ella se detuvo a unos pasos de él, manteniendo una distancia calculada. Su mirada era clínica, como si analizara cada detalle de su expresión antes de responder.

"No es un juego. Es... prevención." Natasha respiró profundamente y frunció los labios por un momento. "Sólo quiero asegurarme de que no te encuentres con la persona equivocada esta noche."

Virgilio inclinó la cabeza hacia un lado y sus ojos azules brillaron con un brillo depredador. "¿Y quién sería esa... 'persona equivocada'?"

Natasha dudó. No era propio de ella mostrar dudas y Vergil lo sintió inmediatamente. El silencio que siguió fue denso y cargado. Él observaba cada micro expresión de ella, saboreando su incomodidad como si fuera un buen vino.

Finalmente, la directora dio un paso adelante, bajando ligeramente la voz, casi como si la propia canica tuviera orejas.

"Hela," ella murmuró. "El gobernante del reino nórdico de los muertos."

Virgilio parpadeó lentamente, asimilando el nombre como si estuviera girando una pieza rara en sus manos. Luego se rió. De hecho, se rió y el sonido profundo resonó en el baño.

"Hela..." repitió, saboreando cada sílaba. "Ustedes, la gente de Interpol, realmente se superan a sí mismos. Dime, Natasha..." Se inclinó más cerca, hasta que sus rostros estuvieron lo suficientemente cerca como para que sus



ojos se encontraran en pura tensión eléctrica. "¿Qué diablos cree Interpol que pueden hacer contra una diosa de la muerte?"

Su mirada no vacilaba, pero la rigidez en sus hombros delataba la presión.

"No subestimamos a los dioses", respondió Natasha con firmeza. "Pero monitoreamos los movimientos. Y la de ella... no se puede ignorar."

Vergil se reclinó de nuevo, riéndose suavemente, como si fuera una broma privada. "Monitoreando a los dioses..." repitió. "Esa es buena."

Hizo una pausa y estudió su rostro. Natasha no se commocionaba fácilmente, pero allí, en el gélido silencio del baño, podía sentir que había más. Mucho más.

"Bueno, déjame aclarar esto", dijo finalmente. "Tienes un montón de agentes ahí fuera, sesenta de ellos al menos, y no es por mi culpa. Es para ver a la reina del inframundo nórdico."

Natasha asintió lentamente. "Exactamente."

"Y tú estás aquí"—hizo un gesto teatral con una mano—" para preguntarme... ¿qué, exactamente?"

El silencio regresó. Natasha se mordió el interior de la mejilla, un gesto apenas perceptible, antes de responder.

"No interfieras."

Virgilio parpadeó. La sonrisa en sus labios se hizo más fina, más peligrosa.



"¿No interfieras...?"

"Sí." Ella fijó su mirada. "Ya eres... bastante complicado. Interponerse en su camino podría ser catastrófico."

Vergil volvió a reír, pero esta vez no hubo humor. Fue una risa baja y oscura. Se levantó del fregadero con calma, su altura dominaba el espacio mientras se acercaba a ella.

"Natasha, Natasha..." murmuró, casi acariciando el nombre con su voz. "Entras al baño de hombres persiguiendo a un demonio, pidiendo favores como si estuvieras hablando con un diplomático, y aún esperas que simplemente... ¿me quede callado?"

Ella se mantuvo firme, pero el aire parecía pesado. El aura de Virgilio se expandió ligeramente, lo suficiente como para que los dos agentes cerca de la puerta miraran hacia otro lado y saliera sudor.

"No espero que te quedes callado", respondió finalmente Natasha, con el tono más bajo. "Espero que elijas."

Vergil se detuvo frente a ella, tan cerca que pudo oler el sutil aroma de un perfume caro mezclado con el fresco ozono de su aura.

"¿Y si elijo el camino equivocado...?" susurró, con la mirada parpadeando.

Natasha no miró hacia otro lado. "Entonces tal vez ni siquiera tú vivirás para arrepentirte."



El silencio que siguió fue absoluto.

Y entonces, Virgilio sonrió.

Una sonrisa lenta y aguda, como la de un depredador que se enfrenta a una presa que se atreve a mostrar los dientes.

"Realmente tienes coraje", murmuró. "Y respeto eso."

Dio un paso atrás y finalmente rompió la tensión asfixiante. Se reclinó contra el fregadero, cruzó los brazos y se relajó nuevamente.

"Pero dime, Natasha..." Levantó una ceja. "¿Qué te hace pensar que no quiero encontrar a Hela?"

El director no respondió de inmediato. Había un destello de preocupación en sus ojos —una preocupación genuina y rara.

"Porque..." finalmente murmuró, casi en un susurro... "No quiero arriesgarme a que esa mujer se enamore de ti. Como las tres Reinas Demonio y el Arconte Paimon." Parecía un poco nerviosa, "Además de la princesa hombre lobo Alexa, ex mano derecha de Alucard, y por supuesto, Morgana Lefay. Así que por favor. Ve a ser un playboy lejos de aquí, para evitar conflictos catastróficos."

Vergil parpadeó dos veces, no, tres veces, y apenas logró contener la risa.